

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Juan Pablo II

Mensaje

XII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 2004

XII Jornada Mundial del Enfermo 2004

11 de febrero de 2004

Cardenal Javier Lozano Barragán, presidente del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud:

1. La celebración de la Jornada Mundial del Enfermo, que se realiza anualmente en un continente distinto, cobra esta vez un significado singular, pues tendrá lugar en Lourdes (Francia), localidad donde la Virgen se apareció el 11-2-1858 y que desde entonces se ha convertido en meta de numerosas peregrinaciones. En esa región montañosa, la Virgen quiso manifestar su amor materno especialmente a los que sufren y a los enfermos. Desde entonces sigue haciéndose presente con constante solicitud.

Ha sido elegido ese santuario porque en el año 2004 se celebra el 150º Aniversario de la Proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción. En efecto, el 8-12-1854, mi predecesor, de feliz memoria, el beato Pío IX, con la bula dogmática *Ineffabilis Deus*, afirmó que «*la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano, está revelada*» (DS, 2803). En Lourdes, María, hablando en el dialecto del lugar, dijo: «*Yo soy la Inmaculada Concepción*».

2. ¿No quería expresar la Virgen con esas palabras también el vínculo que la une a la salud y a la

santuario de Lourdes propone constantemente a devotos y peregrinos. Este es también el significado de las curaciones corporales y espirituales que se verifican en la gruta de Massabielle.

Desde el día de la aparición a Bernardita Soubirous, María ha "curado" en aquel lugar dolores y enfermedades, restituyendo a numerosos hijos suyos también la salud del cuerpo. Sin embargo, ha realizado prodigios mucho más sorprendentes en el corazón de los creyentes, abriéndolos al encuentro con su Hijo Jesús, respuesta verdadera a las expectativas más profundas del corazón humano. El Espíritu Santo, que la cubrió con su sombra en el momento de la encarnación del Verbo, transforma el corazón de innumerables enfermos que recurren a ella. Aunque no obtengan el don de la salud corporal, pueden recibir siempre otro mucho más importante: la conversión del corazón, fuente de paz y de alegría interior. Este don transforma su existencia y los convierte en apóstoles de la cruz de Cristo, estandarte de esperanza, incluso en medio de las pruebas más duras y difíciles.

4. En la carta apostólica *Salvifici Doloris* recordé que el sufrimiento forma parte de la historia del hombre, que debe aprender a aceptarlo y superarlo (cf. n. 2: AAS 76=1984, 202). Pero ¿cómo podrá hacerlo, si no es gracias a la cruz de Cristo?

En la muerte y resurrección del Redentor el sufrimiento humano encuentra su sentido más profundo y su valor salvífico. Todo el peso de las tribulaciones y los dolores de la humanidad se condensa en el misterio de un Dios que, asumiendo nuestra naturaleza humana, se anonadó hasta hacerse «*pecado por nosotros*» (2Co 5,21). En el Gólgota cargó con las culpas de toda criatura humana y, en la soledad del abandono, gritó al Padre: «*¿Por qué me has abandonado?*» (Mt 27,46).

De la paradoja de la cruz brota la respuesta a nuestros interrogantes más inquietantes. *Cristo sufre por nosotros*: toma sobre sí el sufrimiento de todos y lo redime. *Cristo sufre con nosotros*, dándonos la posibilidad de compartir con él nuestros dolores. El sufrimiento humano, unido al de Cristo, se convierte en medio de salvación. Por eso el creyente puede decir con san Pablo: «*Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia*» (Col 1,24). El dolor, aceptado con fe, se transforma en la puerta para entrar en el misterio del sufrimiento redentor del Señor. Un sufrimiento que va no quita la paz y la

de este sector, a los capellanes, a los párrocos y a los demás sacerdotes comprometidos en este ámbito, a las órdenes y a las congregaciones religiosas, a los voluntarios y a cuantos dan incansablemente un testimonio coherente de la muerte y la resurrección del Señor ante los sufrimientos, el dolor y la muerte.

Quisiera extender mi gratitud a los agentes sanitarios, al personal médico y paramédico, a los investigadores, especialmente a los que se dedican a la preparación de nuevos fármacos, y a quienes se ocupan de la producción de medicamentos accesibles a todas las personas.

Encomiendo a todos a la santísima Virgen, venerada en el santuario de Lourdes en su Inmaculada Concepción. Que ella ayude a cada cristiano a testimoniar que la única respuesta auténtica al dolor, al sufrimiento y a la muerte es Cristo, nuestro Señor, muerto y resucitado por nosotros.

Con estos sentimientos, de buen grado le envío a usted, venerado hermano, y a cuantos participan en la celebración de la Jornada del enfermo, una especial bendición apostólica.

Vaticano, 1 de diciembre de 2003.